

CONQUISTA

julio/agosto 1988

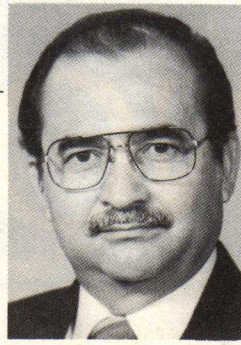
CRISTIANA

CAPACITANDO
PARA LA ACCION!

- △ El mandamiento de restaurar
- △ Gracia para vivir
- △ ¡Capacitado!
- △ Renovación diaria

Editorial

Por Hugo Zelaya



La idea moderna del profeta es de denuncia y de protesta. La misma idea prevalece cuando se apunta a la Iglesia en su misión profética. El estereotipo se basa, sin duda, en la figura del profeta en el Antiguo Testamento enjuiciando, confrontando y anunciando tribulación y lamentación.

Pero el contenido del mensaje profético es mucho más amplio. Todo mensaje profético es, sobre todo, inspirado por Dios y no una reacción mecánica a las injusticias sociales. Su llamado es al arrepentimiento y a la restauración. El juicio y la destrucción son el último recurso. Un buen ejemplo es el caso de Jonás en Nínive. Contra todo sentimiento personal del profeta, Dios levantó el juicio sobre la ciudad cuando ésta se arrepintió.

La sensibilidad a la injusticia es, ciertamente, una característica del profeta. Pero otra, tan importante como la primera, es su susceptibilidad al sentimiento de Dios. El profeta oye a Dios y habla por él, pero también se embarga de la "emoción" y de la motivación divina.

La queja de Dios contra su pueblo en el mensaje profético es primordialmente relacional. Dios se queja cuando el pueblo es malagradecido, cuando se aleja y se olvida de él. Los síntomas de una mala relación con Dios se manifiestan en el desorden social. No sólo en la injusticia del poderoso sobre los marginados; también en el abandono y la prevaricación de las clases menos privilegiadas.

Las reformas externas sin la restauración del corazón son inútiles. Las que se han logrado en nuestros países no han alcanzado la utopía prometida por los reformadores modernos. Y se entiende que el liderazgo secular continúe intentándolo con cualesquiera métodos que tenga a su alcance, pero lo lamentable es cuando venimos a la Iglesia y encontramos un sector de ella adoptando patrones que Dios no ha establecido para llevar a cabo su obra de restauración.

El pecado es la causa principal de la condición del mundo. Sí, me refiero a la conducta ofensiva de los hombres en el mundo, pero más que nada, porque todo este pecado tiene su origen en ello, al abandono que nuestras sociedades han hecho de Dios. Cuando una sociedad que se dice cristiana ignora a Dios y su ley, y deja de confiar en él,

"profesando ser sabios se vuelven necios" (Romanos 1.22), y el resultado es la depravación. Injusticia no es sólo lo que el poderoso hace contra el débil. Es también el mal que el rico hace a otro rico, o el pobre a otro pobre. El pecado no conoce clases sociales, y el pecado tiene sus consecuencias.

La verdad es necesaria aunque sea desagradable. Tenemos que caminar en la realidad. Es el único camino que Dios nos enseña. Hay una presión constante de parte del mundo para acomodar la verdad de Dios dentro de filosofías sociales humanistas. Muchos, en la Iglesia, quieren ser igualmente aceptados en el mundo y alteran el mensaje de Dios con teorías altisonantes porque es popular y porque ellos mismos ya no confían en el poder del evangelio para transformar a los individuos que componen las sociedades.

Por otra parte, los que creen en el evangelio y ocupan un lugar de liderazgo en la Iglesia de Jesucristo, tienen que dejarse usar por el Espíritu de Dios para que la Iglesia vuelva a su estado original. El mensaje del Espíritu en este día es de restauración. Es un mensaje de ánimo y de esperanza después del juicio. Por cierto que Dios está juzgando a su pueblo, Dios está juzgando a los ministros de su Iglesia. Es a Dios que corresponde hacerlo; no a Satanás, ni al mundo, ni siquiera a otros ministros; pero en su juicio hay, como siempre, una nota de esperanza y restauración:

"Me mostró al sumo sacerdote Josué, el cual estaba delante del ángel de Jehová; y Satanás estaba a su mano derecha para acusarle. Y dijo Jehová a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás... Y Josué estaba vestido de vestiduras viles, y estaba delante del ángel. Y habló el ángel, y mandó a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle esas vestiduras viles. Y a él le dijo: Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala... Y le pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y le vistieron las ropas...

Escucha pues... tú y tus amigos... He aquí, yo traigo a mi siervo el Renuevo... y quitaré el pecado de la tierra en un día. En aquel día... cada uno de vosotros convidará a su compañero, debajo de su vid y debajo de su higuera" (Zacarías 3.1-10). Δ



El mandamiento de restaurar

Por Charles Simpson

**“Vosotros que sois espirituales, restauradle...”
(Gálatas 6.1).**

Dios nos hace responsables de enfrentar el pecado. Pero el fin de nuestra obligación no es juzgar el problema. Si es todo lo que hacemos, no somos realmente espirituales. Los que son espirituales hacen más, mucho más.

El apóstol Juan dice que Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (vea Juan 3.17).

Jesús hizo más que enfocar los problemas de la humanidad; él fue constructivo en su obra, y ese es nuestro interés en este número de *Conquista Cristiana*. ¿Cómo podemos ayudar a resolver el problema de los pecadores separados?

Alguien dijo que “una iglesia dividida y fracturada no ofrece ninguna esperanza a un mundo dividido y fracturado”. Me apena profundamente la condición actual de la Iglesia. Fui criado en el hogar de un pastor y hace poco celebré treinta años de ministerio pastoral. Durante esos provechosos años, he sido testigo de variadas y grandes controversias:

- Mientras recibía aún mi educación, me vi envuelto en las controversias entre liberales y

fundamentalistas, el movimiento que decía que Dios está muerto, la neoortodoxia, y otras divisiones dolorosas.

- Inmediatamente después de graduarme en el seminario, me vi en medio de la controversia carismática sobre la obra del Espíritu Santo, y en nuestra iglesia y denominación experimenté un fraccionamiento debido a esas verdades.

- Aproximadamente en 1970, surgió el asunto del cristiano y los demonios: “¿Puede un cristiano tener un espíritu maligno?”

- Casi al mismo tiempo fui arrastrado por el cuestionamiento de si un cristiano puede ser fuente de autoridad espiritual para otro o que un cristiano sea responsable de rendir cuentas a otro.

- Simultáneamente observé el remolino de la controversia sobre las “confesiones de fe”.

- En la década del setenta tomé parte del énfasis sobre el Reino de Dios y su realidad presente. Una vez más, el Reino fue un tema candente que levantó malentendidos innecesarios.

- A través de los años, he visto como los cristianos se polarizan alrededor de los diferentes puntos de vista sobre el milenio y el rapto —si es

secreto, si no hay rapto.

- El debate más reciente es sobre el lugar del drama, la danza interpretativa y otras artes en la adoración de los cristianos.

Cómo ganar al hermano ofendido

Tengo mis puntos de vista en la mayoría de estos asuntos. Entretanto he escuchado y crecido, a menudo encuentro que mi actitud, si no mi punto de vista, se va modificando. Es necesario que comprendamos mejor nuestras debilidades y vulnerabilidad.

No es fácil alcanzar la restauración de la comunión y la edificación mutua, una vez que la gente se polariza y sus posiciones se cristalizan públicamente. "El hermano ofendido es más difícil de ganar que una ciudad fortificada, y las contiendas son como cerrojos de castillo" (Proverbios 18.19). La causa de Cristo en la tierra sufre cuando los cristianos se concentran alrededor de varios líderes para dirigir sus fuerzas contra otros creyentes. Este es un problema de proporciones horribles; especialmente cuando se da la naturaleza crítica de la causa de Cristo y los acontecimientos de actualidad demandan una iglesia unida y poderosa.

No obstante, tenemos una tarea mayor que sólo restaurar la comunión interrumpida por meras diferencias de opinión. Debemos estar en condiciones para restaurar a los que hayan cometido pecados serios como adulterio, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, borracheras, celos ira y orgías —pecados que menciona el apóstol Pablo en Gálatas 5.19-21.

Quiero aclarar que practicar estos pecados le costará su lugar en el reino de Dios (vea el versículo 21). El mandamiento de restaurar no disminuye la seriedad de ningún pecado; pone en relieve la responsabilidad de ejercer la gracia y lanza un enorme reto espiritual para nosotros.

Nuestra obligación con el pecador

Veamos el mandamiento de restaurar en Gálatas 6.1: **Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de**

mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.

Es evidente que el Apóstol escribe a cristianos con problemas en una iglesia cristiana. Cristianos y no cristianos tienen que enfrentarse a los deseos de la carne. Dejar de seguir al Espíritu es perder a un aliado poderoso contra la carne. El egocentrismo ayuda al enemigo a superar y derrotar a un cristiano en su debilidad física o mental. ¿Qué haremos el resto de nosotros con esa persona? Lo cierto es que con frecuencia demostramos que no sabemos qué hacer con el pecado de un hermano.

Podría citar ahora mismo numerosos ejemplos de cristianos que acuden a los tribunales de justicia: un pastor que enjuicia a otro ministro por abuso de confianza; una batalla legal causada por creencias religiosas debido a la custodia de un niño; y un caso de adulterio en el que la mujer demanda al ministro, a la iglesia y a la denominación. Y, generalmente, hay cristianos nominales en ambos lados del vergonzoso asunto.

Es evidente que tenemos que aprender a enfrentar el pecado. Nos está destruyendo. También es necesario saber cómo tratar a los pecadores, o nos destruiremos mutuamente.

En busca de soluciones espirituales

En el pasaje que citamos de Gálatas, el Apóstol apela a los que se dejan dirigir por el Espíritu y que no han caído en alguna trampa moral. La

iniciativa para restaurar descansa en los que están cerca del corazón de Dios, porque la restauración en la iglesia está en el corazón de Dios. Ciertamente, Cristo murió para que sucediera.

Aclaro que no me refiero aquí al pecador habitual y deliberado que no conoce al Señor, sino a la persona que ha sido "sorprendida" por su propia carnalidad. Se trata de alguien que ha tropezado ("paraptoma" en griego). Dicha persona ha cometido una "excepción" en su conducta normal. Quizá la excepción sea horrible: como el adulterio y asesinato cometidos por David, o Pedro cuando negó a Cristo.

Pablo se refiere a alguien que está perdiendo su lugar en el Reino debido a su pecado, alguien



"cargado" por su condición que está a punto de arrepentirse, alguien que quiere ser restaurado no sólo a la comunión, sino también a la santidad.

La carga de esa persona se convierte en la carga de aquellos que son verdaderamente espirituales, porque el Espíritu mismo está cargado con su restauración. No cargarse por un hermano caído es caer en la misma carnalidad que él ha experimentado. Si no hemos considerado nuestra propia debilidad y no podemos extender la misericordia al caído, entonces estamos expuestos a ser sorprendidos también por el pecado. Si no somos lo suficientemente espirituales para salvar al caído, probablemente seamos lo suficientemente carnales para caer.

Según lo veo, la iglesia necesita darse cuenta que existimos en cuerpos mortales y necesitamos desesperadamente el Espíritu Santo y el apoyo espiritual de nuestros hermanos. En la medida en que la iglesia considere esta verdad (vea Romanos capítulo 7), estará en mejor condición de iniciar la reconciliación y proseguir con su misión mundial.

Los espirituales hacen más que hablar en lenguas, profetizar y dar palabras de ciencia. Restauran a los cristianos caídos, en un espíritu de mansedumbre, habiendo enfrentado ellos mismos su propia debilidad.

El Dios de restauración

Lo que más me sorprende es que un Dios que no tiene absolutamente ninguna debilidad esté tan profundamente interesado en nuestra restauración. Tal vez su actitud deba representar para nosotros la cumbre de la madurez, que es "levantar al caído". El juzga, pero restaura cuando ve arrepentimiento.

Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió y nos vendará (Oseas 6.1).

Y seré hallado por vosotros, dice Jehová, ... y os haré volver al lugar de donde os hice llevar [o, haré volver a vuestros cautivos] (Jeremías 29.14).

David agonizó en su oración de contrición, en el Salmo 51 que se caracteriza por palabras como: "ten piedad... borra... lávame... límpiame... reconozco... purifícame... crea en mí...

restitúyeme... líbrame de delitos de sangre." Es una oración modelo para los que buscan restauración. Dios la oyó y restauró a David.

Es digno de notar que la restauración es multifacética:

- La restauración de la relación con Dios viene por el arrepentimiento y la confesión.
- La restauración de comunión con el pueblo de Dios viene por el arrepentimiento y la confesión.
- La restauración de la santidad y la renovación del hombre interno viene por el lavamiento y la regeneración del poder del Espíritu Santo.
- La restauración a posiciones de autoridad viene por la gracia renovadora de Dios y el reconocimiento de los afectados.

La restauración de la comunión con Dios, con la iglesia y a la santidad son pasos en los que se requiere nuestra ayuda al pecador.

La restauración a una posición particular de autoridad depende de la seriedad en el rompimiento de la confianza, la integridad de la restauración interna, y el clima espiritual y confirmación de la comunidad cristiana.

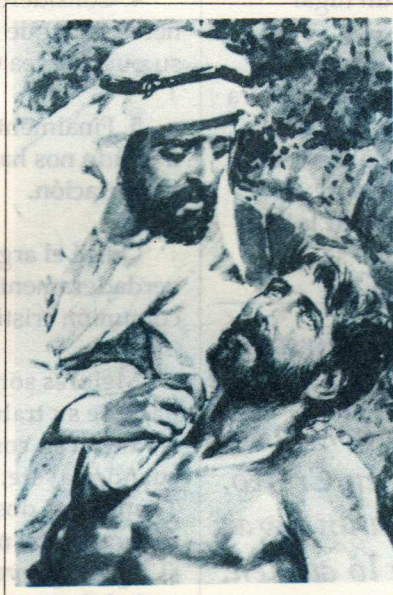
Quien se ha arrepentido verdaderamente estará bien dispuesto a dejar el asunto de la restauración a su antigua posición, en las manos de Dios y de otros líderes espirituales. No es algo que podamos hacer nosotros mismos. Dios y otros deben restaurarnos.

Cristo restaurador

Jesús es Dios en la carne.

En él vemos operar la naturaleza y la actitud de Dios. Uno de los conflictos más serios y constantes de su vida en la tierra fue la controversia con los oficiales religiosos. Sus encuentros con los fariseos, como en el caso de la mujer que fue sorprendida en adulterio, y las agudas reprensiones que les dirigió, revelan la enorme diferencia entre la actitud de Jesús y la actitud enjuiciadora de ellos.

Uno de los ejemplos más notables de esta continua controversia se encuentra en Lucas 10.25-37. Un joven experto de la ley religiosa judía quiso justificar su posición encallecida y retó a Jesús para que definiera quién era su prójimo. Jesús contó entonces la historia que conocemos como la parábola del buen samaritano.



La historia trata de un hombre que de camino a Jericó fue asaltado, golpeado y abandonado al darse por muerto. Un sacerdote y después un levita pasaron, cruzaron al otro lado del camino, sin ofrecerle ayuda. Eran religiosos pero sin compasión.

Al rato, pasó un samaritano (un hombre de baja categoría social). Este se detuvo, limpió las heridas de la víctima, lo puso sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un lugar donde lo cuidaron y pagó la cuenta. Este hombre, dijo Jesús, demostró ser prójimo del que cayó.

Este hombre pudiera ser más que un vecino. Pudiera ser como Cristo mismo quien perdió su buena reputación y tomó nuestro lugar contra los "pecados salteadores" que nos sorprendieron, nos golpearon y nos robaron algo precioso. Este hombre, como Cristo, curó y dejó en un lugar seguro a la víctima.

Cualquiera con conocimiento de la ley puede ver lo que aconteció. El pecado había cobrado otra víctima. Desnudo, herido y en bancarrota, otro creyente tomó un desvío y sorprendido descubrió su propia vulnerabilidad. Es fácil sólo ver, enjuiciar, y pasar de lejos —o tal vez pasar la voz: "¡Qué lastima! Por su culpa lo hirieron."

***El que es espiritual
está capacitado para levantar
al hermano o a la hermana,
ponerlo sobre sus recursos en Cristo,
y sobrellevarlo a un lugar
donde lo cuiden.***

Pero el que es espiritual está capacitado para otra tarea. Derramar sobre sus heridas el vino y el aceite de la sangre y el Espíritu de Cristo, levantar al hermano o a la hermana, ponerlo sobre sus recursos en Cristo, y sobrellevarlo a un lugar donde lo cuiden.

El mandamiento de restaurar no es meramente una buena idea —o una enseñanza. Es la misma voluntad de Cristo para ser obedecida. No se nos permite decidir si queremos restaurar —no, si somos espirituales. La actitud de la restauración emana y gobierna a todos los que son verdaderamente espirituales. Esta actitud y mandato nos hará ir más allá de la controversia y el pecado hasta afectar al mundo mismo con el mensaje de la reconciliación y la restauración que

Cristo nos ha encomendado.

Un argumento poderoso

Tomemos en consideración los siguientes cinco puntos para desarrollar una actitud de restauración:

1. Considere el propósito restaurador de Dios en el Antiguo Pacto (vea Jeremías 29.10-14).
2. Considere el propósito de Dios en la encarnación de Cristo de reconciliar al mundo consigo mismo (vea 2 Corintios 5.16-21).
3. Considere la misión de la iglesia en el mundo con el mensaje de la reconciliación.
4. Considere nuestras propias debilidades y la necesidad que tenemos de la gracia de Dios y la de su pueblo (vea Gálatas 6.1).
5. Finalmente, considere cuánto y cuán a menudo nos ha perdonado Dios y actúe en la restauración.

Quizá el argumento más poderoso para ser verdaderamente espirituales y mantener la comunión cristiana está en Eclesiastés 4.9-12:

Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levanta a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante. También si dos durmieren juntos se calentarán mutuamente; mas ¿cómo se calentará uno solo? Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto.

Si dejamos de ser espirituales nos desuniremos. Si nos desunimos, un día quedaremos solos. Si quedamos solos, una noche los salteadores vendrán...

Restaura antes de que sea demasiado tarde. Δ



*Charles Simpson es editor
de Christian Conquest.
Tiene un ministerio extenso
en los Estados Unidos
y en otros países.*

Gracia para vivir

Por Terry Virgo

Para los que sienten que no dan la talla

Si usted es como mucha gente en su vida cristiana, seguro que lucha de vez en cuando contra la condenación. No obstante, Dios ha hecho posible que sea libre de la condenación y ande en la provisión de su gracia.

Romanos 5.17 dice que los cristianos son los que "reinan en vida por medio de uno solo, Jesucristo." La Biblia también nos dice que "somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Romanos 8.37), y que Dios "nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús" (2 Corintios 2.14). Reinamos en vida; somos más que vencedores; y él siempre nos lleva en triunfo. El Nuevo Testamento dice que esta es la experiencia cristiana normal —estar arriba, ser ganadores y no perdedores.

Nuestra reacción cuando oímos frases como estas es decir: "¡Amén! ¡Eso es lo que debemos ser!"

Pero con frecuencia sentimos: "¡Quisiera estar allí! Eso es lo que esperaba cuando vine a Cristo, pero los años pasan y no me siento más que vencedor."

Sin embargo, Romanos 8.37 dice claramente que este es el llamamiento de Dios. Trágicamente, cuando

descubrimos lo que debemos ser, a menudo pasamos por alto todo lo que el versículo dice.

Pareciera que cuando más motivados estamos a vivir mejor para Dios, más fácil es dejar de leer los detalles. Como no lo vemos *todo*, decimos: "Voy a reinar en vida. Pondré el despertador una hora más temprano. Voy a leer la Biblia completa en un año. Le testificaré a una persona todos los días."

Pero es en ese momento que cometemos un error fatal. Sentirse motivado a vivir realmente para Dios es un buen momento, pero es un triste momento cuando decimos: "Puedo reinar en vida si hago un mayor esfuerzo. Si cumplo con estas leyes que escribo ahora sobre mi vida, entonces reinaré." Son como los buenos propósitos del Año Nuevo que no llegan al quince de enero. El resultado es invariablemente la autocondenación: "¡Oh, Señor, todavía no soy lo que quiero ser!"

Romanos 5.17 ofrece dos indicios para reinar en vida: Reinamos por la "abundancia de la gracia" y el "don gratuito de la justicia". Los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia reinarán en vida.

Estas es una de las verdades dinámicas más maravillosas del Nuevo Testamento. Es capaz de cambiar nuestro andar cristiano y hacernos libres de la pesadez y vulnerabilidad de las acusaciones de Satanás.

No reinamos en vida haciéndolo mejor, esforzándonos, o sujetándonos bajo un nuevo régimen de reglas. Somos reyes —reinamos en vida— debido a nuestra posición.

La relación del cristiano con la ley, en este respecto, es muy importante. Pablo usa la ilustración de un matrimonio en Romanos capítulo siete, diciendo que hubo un tiempo cuando todos estuvimos casados con la ley. Y pinta la ley como un marido exigente, señalando siempre dónde estamos mal, que nunca levanta un dedo para ayudar, y peor aun, ¡correcto en todo!

Pablo dice que si estamos casados con la ley, no podemos casarnos con otro. Estamos casados "mientras ambos estemos con vida". Y para terminar de arruinar el cuadro, recuerde que Jesús dijo que la ley nunca pasará. Estamos permanentemente casados con un marido dominante, criticón, totalmente correcto, que nunca

ayuda, llamado "la ley", y ¡que nunca morirá!

Pero Pablo nos da vuelta repentinamente y dice que se nos hizo morir a la ley por medio del cuerpo de Cristo (Romanos 7.4).

Nos preguntamos entonces ¿Por qué dio Dios la ley siendo un marido de quien no se puede sacar nada? Romanos capítulo siete da tres razones. Primera, la ley nos dice lo que es el pecado (vea el versículo siete). Vivimos en una sociedad cuyos valores éticos están cambiando constantemente. Por lo tanto, necesitamos a Dios para que trace las líneas que nos indiquen: "Esto es aceptable. Esto no es aceptable."

En segundo lugar, la ley provoca una reacción en nosotros (vea el versículo ocho). Por ejemplo, vamos por una acera y vemos un letrero que dice: "Prohibido pisar el césped." Nuestra primera reacción es: "¡Y de quién es el césped!" El letrero, la ley, provocó una reacción en nosotros.

Muchos se alegran cuando piensan en Dios como un Santa Claus. Pero tan pronto se le plican sus leyes y requisitos, reaccionan:

"Por supuesto que creo en Dios", dicen ellos.

"Bueno," señalamos nosotros, "Dios dice esto y esto".

"Pues, yo no creo en un dios así. ¿Por qué no elimina las guerras?"

La ley ha provocado una reacción en ellos.

Un tercer propósito de la ley es condenar el pecado (vea el versículo trece). Nos muestra la calamidad en que estamos, pero entonces, alabado sea Dios, no nos deja ahí; en realidad nos conduce a Cristo quien se ocupa de nuestra situación (vea Gálatas 3.24).

El resto de la historia

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús... que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Romanos 8.1-4).

En el Antiguo Testamento, cuando Moisés descendió del Monte Sinaí con las tablas de la ley —el pacto antiguo— vio el becerro de oro que el pueblo había hecho. Su reacción fue romper las tablas. El juicio cayó y tres mil murieron ese día.

En el Nuevo Testamento, cuando Pedro descendió del aposento alto con un pacto nuevo, no vio a un becerro de oro, sino al Señor de gloria, crucificado. En lugar de tres mil muertos, como en el Antiguo Testamento, tres mil personas se salvaron.

La única respuesta a la condenación es la justificación. Dios nos ha justificado libremente como regalo. Nos desembarazamos de la condenación porque Dios nos ha justificado.

¿Cómo podemos reinar en vida? Romanos 5.17 nos dice: "los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia". Dios nos ha dado el regalo de la justicia libremente. Pablo dice en Romanos cinco que cuando Adán pecó, echó a perder a toda la raza humana. Ahora la Biblia distingue sólo dos razas: la raza que está en Adán y la raza que está en Cristo. El hombre natural está en Adán, y su pecado se cargó a nuestra cuenta. Cuando estamos "en Adán", cualquier intento de rectitud que hagamos no nos sirve de nada porque todavía estamos "en Adán". Podemos ayudar a las ancianas a cruzar la calle. Podemos cuidar y ayudar a los muchachos Exploradores. Podemos hacer toda clase de



cosas. Pero, ¿podrán sacarnos de Adán? ¡Por supuesto que no! Por lo tanto, toda nuestra justicia es como trapos de inmundicia.

Pero cuando estamos en Cristo, estamos en todo lo que él logró a favor nuestro. Y es que cuando Jesús fue crucificado, nosotros fuimos también crucificados. Cuando él dio su justicia, nosotros fuimos hechos justos. Ahora Jesús es nuestra justicia. Y la buena noticia es que Jesús es el mismo ayer, hoy y por los siglos. El sigue siendo nuestra justicia.

Somos libres cuando tenemos esta revelación en nuestros corazones. No importa si nos dormimos en nuestro tiempo de oración o si no entendemos cada versículo que leemos de la Biblia. ¡Es totalmente irrelevante! ¡Jesús



es nuestra justicia! ¡Somos justos porque estamos en Cristo!

¿Continuaremos pecando?

¿Significa eso que empujaremos a las ancianas cuando estemos en la tienda para ubicarnos al frente de la fila, porque nada nos sacará de Cristo? Por supuesto que no. Por eso es que Romanos capítulo seis comienza así: "¿Continuaremos en pecado para que la gracia abunde? ¡De ningún modo!" Claro que no seguiremos pecando, porque Dios nos ha cambiado por dentro, como lo muestran los otros versículos en este capítulo.

Pero también es muy importante que separemos el capítulo cinco del capítulo seis de Romanos, para que nos

apoderemos primero de nuestra justicia completa y terminada en Cristo. Cuando estuve en la escuela me gustaba pintar acuarelas. Para hacer un paisaje, primero poníamos unas pinceladas grandes en azul. Entonces las dejábamos secar antes de poner el siguiente color. Pero si intentábamos pintar un hermoso árbol verde mientras el azul estuviese aún humedo, no lográbamos el árbol verde ni teníamos más un fondo azul. Lo que resultaba era una mancha desteñida.

Teológicamente muchos de nosotros somos así. Antes de haber aprendido el don de la justicia, nos lanzamos al siguiente paso: "El nos hace santos." y pensamos: "Es cierto, tengo que ser santo. Tengo que hacer esto y aquello." Y seguimos pintando. Pero todo lo que conseguimos es un enredo.

Reinamos en vida a causa de su libre don de justicia. Y cuando el diablo intenta derribarnos no nos puede tocar. Por eso dicen en Efesios capítulo seis, que cuando vengan los dardos encendidos del maligno, revestíos con la coraza de justicia (v.14).

Al hacerlo ya no estamos expuestos a la condenación del diablo. Estamos libres. La iglesia ha estado fuertemente atada por el legalismo, la pesadez y la condenación. Conforme Dios vaya restaurando nuestra plena comprensión de su gracia y los dones libres de justicia, la iglesia levantará su cabeza, se volverá valiente, fuerte y segura, y comprenderá, según Romanos capítulo seis, que hemos muerto al poder del pecado y que estamos libres de su esclavitud.

Todavía tenemos que predicar la ley al pecador —la ley que nos conduce a Cristo.

Pero todos los cristianos han muerto a la ley para que se puedan casar con Jesús, para dar fruto para Dios, y para ser cambiados por dentro.

Dios quiere que "llevemos fruto", pero trágicamente, la ley es un marido impotente. Pablo explica en su carta a los Gálatas que

...si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley (Gálatas 3.21).

De manera que la ley nos dice que seamos justos, pero no nos hace justos. Pero Jesús dijo: "Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (Juan 6.63). También dijo: "El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto" (Juan 15.5).

Recuerde que usted es justo. Así es como Dios lo ve. No hay mancha en usted. Cuanto más lo sepa y cuanto más lo comprenda y se regocije en eso, más efectivo será para Dios.

Dios está de su lado ahora y para siempre. El lo ha amado con un amor eterno y como regalo lo ha hecho justo.

Acérquese ahora mismo al Señor y dígame: "Señor, lo confieso. He intentado volver atrás y hacer cosas para agradarte externamente sin entender que tú me amas de todas maneras. He intentado guardar las reglas de mi marido antiguo para agradar a mi nuevo marido, pero ahora voy a vivir contigo y para tí."

Jesús es el camino. Venga a él sencillamente. Reciba su amor ahora. Δ

Terry Virgo es de Brighton, Inglaterra. Es autor de dos libros: Restauración en la iglesia y Hombres de destino.

¡Capacitado!

Por Joseph Garlington

Podemos gastar toda una vida preparándonos para hacer la obra de Dios cuando en realidad, ya estamos listos.

Cuando estuve en el seminario conocí a una singular forma de persona: el estudiante perpetuo, a tiempo completo. Es la clase de individuo que cuelga un título tras otro en las paredes de su casa. Cuanto más estudia, más quiere seguir estudiando, porque si se queda en el ambiente teórico de la escuela, no tiene que hacer algo con lo que ha aprendido.

Por supuesto que no me opongo al estudio académico o a los títulos, pero llega el tiempo cuando no sólo los estudiantes sino nosotros también, tenemos que escapar de lo teórico y lanzarnos a lo práctico. Mientras buscamos el "tiempo debido" para hacer el propósito de Dios, la tendencia: esperar hasta recibir una lección más, un seminario más, una palabra de ánimo más, una profecía más antes de hacer lo que se nos ha enseñado.

Es muy posible que pasemos el resto de nuestras vidas alistándonos para hacer la obra de Dios, sin darnos cuenta que Dios ya nos ha capacitado.

Es como cuando vemos el refrigerador, por la noche, indecisos de los que queremos comer. Tenemos hambre, pero no sabemos de qué.

Muchos cristianos son así. Tienen deseos de comer, pero no saben qué. Se muestran excitados,



pero no saben por qué. Están insatisfechos, pero tampoco saben la causa. Quieren hacer algo, pero no saben qué.

Dios nos está trayendo a un lugar de insatisfacción divina y anticipamos algo que él quiere hacer en nosotros; algo que va más lejos de las expectativas que tenemos de nosotros mismos. Hemos pasado muchos años recibiendo conocimiento acerca de las cosas de Dios, y ahora él quiere que pongamos en acción lo que hemos aprendido.

¿Por qué no salimos de lo teórico a lo práctico? La razón principal es un falso sentimiento de indignidad. Tenemos la mente llena con el pensamiento de *no soy digno* y no hacemos nada.

Otro seminario no nos hará calificar. La verdad es que todos los seminarios en el mundo no lo harán, porque ser digno no se basa en nuestros logros. Por el contrario, calificamos porque Dios nos salvó. El fenómeno del nuevo nacimiento es que Dios hace esta declaración acerca de nosotros: "Eres digno. Estás justificado. Has sido redimido." Lo aclara el momento en que abrimos nuestro corazón a él. En ese mismo instante no somos menos redimidos que la persona que lo ha estado durante veinte años.

Dios nos llamó

Podemos vencer nuestro sentimiento de indignidad y caminar en nuestra capacitación entendiendo dos razones. Primera, tenemos que creer que Dios nos llamó para que cumpliéramos con un propósito. En Efesios 4.12, Pablo habla de capacitar a los santos. Y se refiere no a la información y conceptos específicos, sino a saber sencillamente que Dios nos ha llamado.

Recientemente predicaba una serie de mensajes sobre la fe y, después de varias noches, el Espíritu Santo me retó con esta pregunta: "¿Qué vas a hacer ahora que has predicado eso?" Yo no sabía que hacer, pero me arriesgué. Salí detrás del púlpito y de mi boca salieron estas palabras: "¿Alguno de ustedes sufre de escoliosis?" Yo no sabía el significado de la palabra; era sólo un término que había venido a mi pensamiento.

Tres mujeres levantaron la mano.

¿Y ahora qué hago, Señor?

Primero tenía que saber lo que era escoliosis. Invité a las mujeres que pasaron al frente y pedí a una de ellas que se volviera a la congregación y explicara lo que era. Ella dijo que era una desviación de la columna vertebral.

Impuse manos sobre una de ellas y comencé a orar. En el acto sentí que algo cambió de posición. "¿Qué cosa no podía hacer usted antes de orar?", pregunté.

"Esto", dijo ella, estirándose hacia abajo de un lado a otro. Dios había sanado su espalda, pero no creo que lo hubiera hecho si yo no hubiera percibido que él quería que hiciera algo.

El segundo punto que tenemos que entender es que cuando salimos a hacer lo que Dios nos manda, no debemos preocuparnos por los resultados. En el pasado me costaba orar por la gente porque temía que no fueran sanados. Pero

como dijera en cierta ocasión Kathryn Kuhlman: "Si la gloria no te preocupa, no tendrás que preocuparte por la culpa."

Mientras más preocupados estemos de nuestra incapacidad, menos nos podrá usar Dios. Una vez decidí que si ayunaba bastante tendría éxito en el ministerio. Durante dos semanas me encerré en mi estudio, escuché música cristiana y leí la Biblia. Un domingo por la mañana salí listo para ministrar, pero no había nadie enfermo en la iglesia. ¡Nadie necesitaba nada! Absolutamente nada sucedió, porque quise hacerme digno.

Podremos comenzar a actuar cuando aceptemos que Dios quiere hacer algo y que no somos responsables de los resultados. He descubierto tres verdades que me han ayudado para ser motivado adecuadamente cuando me dispongo a cumplir con el llamamiento de Dios. Las he llamado: una realidad existente, una ilusión persistente y una conclusión inevitable.

Una realidad existente

La verdadera realidad es ver todas las cosas desde el punto de vista de Dios. Si lo hacemos, nos veremos capacitados y calificados. Pablo dice lo siguiente en Colosenses 1.9:

Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual,

Antes de orar por alguien o hacer cualquier cosa para Dios, tenemos la tendencia a examinarnos bajo nuestro propio punto de vista, cuestionando nuestros motivos. Pero Pablo dice que hagamos lo que creemos que es de Dios y dejemos que sea él quien nos hable sobre nuestros motivos.

Si nos pasamos el resto de nuestras vidas examinándonos continuamente, probablemente estaremos en problemas el resto de la vida. Pablo dijo a los corintios: "Ni aun yo me juzgo a mí mismo" (1 Corintios 4.3).

Sólo cuando vemos las cosas desde la perspectiva de Dios es que nos encontramos capacitados. Pablo dice también: "...dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz..." La palabra *capacitar*

significa habilitar, tener aptitud o disposición para hacer algo. Cualificar, muchas veces da la idea de llenar requisitos mínimos, pero cuando Dios capacita, él va más lejos de los requisitos mínimos y nos cualifica para lo que nos ha llamado.

*Cualificar, muchas veces
da la idea de llenar
requisitos mínimos,
pero cuando Dios capacita,
él va más lejos
de los requisitos mínimos
y nos cualifica
para lo que nos ha llamado.*

Descubrí esto en una ocasión que predicaba en otra ciudad. Dios estaba sanando a la gente, incluyendo a una mujer que se había quebrado la clavícula en tres partes. Era un tiempo de milagros.

Bien atrás estaba una mujer en una silla de ruedas. Traté de no mirarla, pensando que una silla de ruedas estaba fuera de mi categoría. Al final, cuando estaba terminando el servicio, pregunté si había alguno más con necesidad de oración.

Alguien dijo: "Hay una mujer atrás en una silla de ruedas con mucho dolor, y quiere saber si puede orar por ella."

Entonces dije al Señor: "Si caigo en esta silla de ruedas, nos vamos juntos." Varios comenzamos a orar. La mujer había sido picada por una araña, la operaron dos veces y le dijeron que era necesario amputarle la pierna. Por espacio de tres meses sufría de un dolor constante.

Mientras orábamos, ella comenzó a querer levantarse de la silla y eso me asustó. Ya podía ver los titulares en los diarios: "Mujer se rompe la nuca en el altar tratando de levantarse de una silla de ruedas." Le pedí que se quedara sentada, pero ella

insistía en levantarse. ¡El dolor en la pierna se había ido! Al día siguiente regresó a las reuniones con muletas y alabando a Dios.

Su sanidad no tenía nada que ver con lo que yo hubiese hecho. Dios la llamó a ese lugar y ordenó que se sanara, y él ya había capacitado y cualificado al cuerpo de Cristo para que orase por ella.

Una ilusión persistente

La segunda verdad, es la que llamo: una ilusión persistente, la terca creencia de que la gracia no es libre y que tenemos que hacer algo para ganar nuestra cualificación. En Hechos capítulo ocho, Simón el mago quiere comprar el poder de los apóstoles. Erróneamente cree que el don de Dios se puede comprar o ganar.

Es una perversidad humana común creer que podemos ganar, trabajando, lo que Dios quiere darnos. Pablo dice en 2 Corintios 3.5: "...no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios..." No califico porque haga siempre lo correcto, sino porque él me hace suficiente.

Si Dios no nos dio nuestro castigo cuando lo merecíamos, ¿por qué habría de hacerlo ahora? Dios no nos aniquiló cuando debimos, antes de participar en el reino de su amado Hijo. ¿Por qué lo haría ahora?

Porque no hay nada que podamos hacer para ganar nuestra suficiencia. Dios nos puede usar seamos "dignos" o no. Aprendí esta verdad cuando estaba a punto de ser operado de las encías. Había gente orando por mí en todo el país, pero tuve que someterme a la operación. Un mes después, el doctor me pidió que orara por su esposa. Yo pensé: *Dios no me sanó; seguramente tampoco a ella.* No tenía ni un átomo de fe. Pero se sanó de todas maneras y el Señor me regañó, con un versículo, por mi incredulidad:

¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos? ¿Su incredulidad habrá hecho nula la fidelidad de Dios? De ninguna manera; antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso (Romanos 3.3-4).

No hay diferencia si nos sentimos llenos de fe. De todos modos, nosotros no lo estamos haciendo.

Es Dios, y si creyésemos que Dios pudiera hacerlo quedaríamos libres.

Ultimamente, en las reuniones de oración, pido a las personas que se dividan en grupos pequeños y se ministren entre sí. Les explico que ya están capacitados y que pueden orar unos por otros. Han pasado cosas tremendas, pero todavía existe la tendencia a gravitar hacia el frente, donde están los líderes. Yo continúo regresándolos a los grupos, entonces son sanados y liberados. No existen las superestrellas, sólo Jesús.

La conclusión inevitable

La tercera verdad es la conclusión inevitable. Es muy sencilla: una vez que vemos las cosas desde la perspectiva de Dios y aceptamos su libre don de gracia, él puede usar a cualquiera de nosotros.

He aquí algunas de las sugerencias para dejar que Dios lo use:

1. Prepárese. Esté listo en su espíritu.

Comience diciendo: "Señor, muéstrame dónde debo ir, qué es necesario que haga. Muéstrame cómo debo hacerlo."

Una hermana conoció a otra mujer en una clase de arte. La mujer sufría de artritis en las rodillas. Un día le pidió que orara por ella, pero la mujer no sanó. Durante varias semanas, después de cada clase, esta hermana oraba por la mujer, pero nada sucedía y, después de un tiempo, comenzó a sentirse frustrada. Cierta vez, a pesar de tener un compromiso inmediatamente después de la clase, se sintió obligada y pronunció esta rápida oración: "Señor, sana estas rodillas."

Cuando regresó a la casa, después del compromiso, el teléfono sonaba. Era la mujer por la que había orado: "Tenía que contarte lo que pasó. Cuando pusiste tus manos sobre mis rodilla, las sentí incómodas y calientes como fuego, y ahora todo el dolor se ha ido."

Dios se había movido cuando menos lo esperaba. La clave es que esta hermana se había preparado

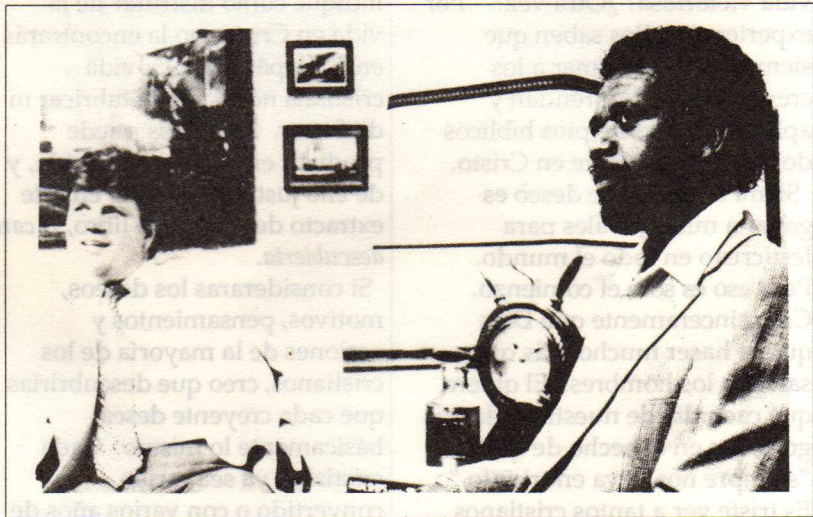
para obedecer al Señor.

2. Esté dispuesto a imitar. Si no ha visto a nadie que lo haga, entonces tendrá que ser original. Pero si ha visto cómo se hace, hágalo de la misma manera. Cuando los discípulos oraron por los enfermos, la primera vez, debieron haberlo hecho como habían visto a Jesús. Después fueron originales y la gente se sanaba en las calles cuando su sombra caía sobre ellos.

3. Sea persistente. No todos sanan cuando oro por ellos, tampoco sanarán todos por los que usted ore. La clave es ser persistente y no dejar de orar. Prepárese para fracasar ocasionalmente y también para seguir adelante. Sea persistente y ore con expectación.

4. Dispóngase. Permita al Espíritu Santo que se exprese en su vida en una forma completamente nueva. Permítale la libertad de hacer algo diferente.

Si usted está sintiendo esa insatisfacción divina que debiera estar haciendo algo, pero no sabe qué, sintonícese con Dios. Pídale que le enseñe lo que debe hacer y, con la suficiencia que sólo viene de él, dé el paso creyendo que puede. Su oración pudiera ser la respuesta para alguna persona y alguien pudiera tener la oración que usted necesita.



Joseph Garlington es pastor de la Iglesia del Pacto de Pittsburg, Pa.

Renovación diaria

por Luis Palau



Mi familia, mis compañeros de Equipo y otros amigos a veces se ríen de mí, diciendo: "Luis, ¿así que vas a hablar de los principios de la vida victoriosa? ¿Otra vez?" Por experiencia, ellos saben que siempre deseo animar a los creyentes a que aprendan y apliquen los principios bíblicos de la vida triunfante en Cristo.

Sí, mi más grande deseo es ganar a miles y miles para Jesucristo en todo el mundo. Pero eso es sólo el comienzo. Creo sinceramente que Dios quiere hacer mucho más que salvar a los hombres. El quiere que cada día de nuestra vida nos gocemos en el hecho de que él "siempre nos lleva en triunfo." Es triste ver a tantos cristianos que no viven la victoria en Cristo. Anhelan tener la experiencia del gozo que el Señor

promete, pero no saben cómo llenar el vacío de sus vidas. Este artículo explica, en parte, cómo hacerlo.

Si estás buscando una fórmula fácil, de tres pasos, que te indique cómo disfrutar de la vida en Cristo, no la encontrarás en estas páginas. La vida cristiana no se puede fabricar ni disfrazar. Sólo Dios puede producir en nosotros esa vida, y de ello justamente trato en este extracto de mi nuevo libro, *A cara descubierta*.

Si consideraras los deseos, motivos, pensamientos y acciones de la mayoría de los cristianos, creo que descubrirías que cada creyente desea básicamente lo mismo. Cada cristiano, ya sea recién convertido o con varios años de madurez, joven o anciano, carismático o no-carismático, desea vivir una vida plena en la

presencia de Dios. Cada hijo de Dios quiere comunicar a Cristo con poder y desea avivamiento espiritual diario.

Como cristianos, detestamos cualquier signo de estancamiento en nuestras vidas espirituales. Queremos sentir que crecemos, cambiamos y nos desarrollamos espiritualmente. Ansiamos que nuestro andar con Dios sea real. No queremos ser presa de parálisis espiritual. Deseamos con todo el corazón tener nuevas y renovadas experiencias con el Señor —y ese deseo santo proviene del Espíritu de Dios.

Señales de "renovación" externa

Sin embargo, muy a menudo buscamos renovación en formas equivocadas. Cuando no sentimos que el avivamiento en nuestro interior es diario, nos desesperamos, vamos de iglesia

en iglesia, de pastor en pastor, de denominación en denominación y de experiencia en experiencia. Hasta tenemos seminarios y conferencias de avivamiento. Incluso recuerdo haber recibido publicidad para conferencias de reavivamiento en la Tierra Santa. Posiblemente la gente crea que si puede caminar donde caminó Jesús, experimentará una renovación interior.

Los cristianos también hablan de avivamiento en las iglesias. —Sí, —dicen, —nuestro pastor ya no predica desde el púlpito. Tiene un micrófono de corbata y da su sermón mientras camina entre la congregación. Y ya no nos sentamos en filas sino en un gran círculo. Es una maravilla.

Si esto es renovación, entonces mi familia la experimenta todos los años cuando mi esposa cambia de lugar los muebles de nuestra sala. A mis hijos y a mí nos agrada que las cosas estén siempre igual, pero a Patricia le encanta cambiarlas de sitio. A mí me gusta que mi sillón preferido esté siempre en su lugar, y no me importa si queda bien con el resto del decorado, ni si coordinan los colores o las plantas de alrededor. Pero Patricia prefiere las cosas nuevas y diferentes, así es que cada año, al llegar la primavera, nuestra casa experimenta una renovación.

Cambiar de lugar los muebles de la iglesia podría simbolizar renovación, pero por cierto que no equivale a renovación espiritual. Esta es la equivocación de muchos. A veces son los signos exteriores que indican tal renovación, pero la mayoría de las veces sólo son otro tipo de máscara o disfraz

religioso.

La clase de renovación que tanto anhelamos como cristianos, no se puede hallar en un edificio de arquitectura exclusiva, en los muebles dispuestos de manera diferente o en una forma de alabanza más creativa. El avivamiento espiritual que buscamos debe ser el resultado de la vida de Jesús que obra en nosotros y fluye de nuestro ser día tras día. La renovación espiritual es la evidencia de la obra de Cristo en nuestras vidas.

La clave de la renovación interior

Ahora bien, ¿cómo podemos experimentar esa vida y apropiarnos de ella? El apóstol Pablo indica con sencillez:

Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, más no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida (II Corintios 4.7-12).

En el versículo siete puede notar que los cristianos tenemos un tesoro, nada menos que Dios

mismo. No importa quiénes seamos —abuelos, estudiantes, obreros, amas de casa, ejecutivos, profesionales— no importa cómo seamos —delgados, excedidos de peso, altos, bajos, rubios, pelirrojos o morenos— Dios ha venido a morar en nuestras vidas, y ha hecho de nuestros cuerpos templos del Espíritu Santo.

Y esta verdad es la médula del Evangelio. Es cierto que la muerte de Jesús en la cruz y su resurrección son los fundamentos de su Evangelio, pero el quid de la cuestión es que Dios mismo vive en nosotros. Dios no está por allá lejos, en órbita con satélites, sino dentro de nosotros. La Biblia dice que quien se une al Señor, un espíritu es con él (I Corintios 6.17). Por lo tanto, la renovación espiritual es la consecuencia de la obra del Cristo crucificado y resucitado en cada creyente.

Pablo declara que este maravilloso tesoro lo tenemos en vasos de barro, nuestros cuerpos humanos. La Biblia afirma que nuestros cuerpos han de volver a la tierra para desintegrarse y ser parte de la naturaleza nuevamente. Pero Dios determinó que habría de habitar en nuestros cuerpos mortales, imperfectos y humildes como son.

Nuestros vasos de barro son frágiles y debemos tratarlos con sumo cuidado. Debemos alimentarlos, lavarlos, vertirlos y protegerlos. En cuanto los descuidemos por unos días, se comienza a evidenciar que en verdad tenemos origen terrenal.

Hace unos años me di cuenta de cuán frágiles son nuestros cuerpos. Como había notado

Renovación diaria

cinco lunares en mi rostro, pedí a un dermatólogo que los examinara, El médico me dijo que eran precancerosos, y decidió quemarlos. Así lo hizo, y se puso fin al problema.

Pero luego comencé a pensar. Hoy pude haber tenido manchas en mi rostro, lunares que fueron quemados. Mañana alguna otra parte de mi cuerpo necesitará atención y cuidado. A pesar de que hago ejercicios físicos y trato de alimentarme apropiadamente, mi cuerpo no es un equipo infalible. No importa lo mucho que me ocupe de mi vaso de barro, un día se acabará.

Lo hermoso es que aunque nuestros cuerpos terrenales no son gran cosa, Dios quiso ser ese tesoro dentro de nosotros. En nuestros cuerpos habita el poder y la gloria del Cristo resucitado.

Muchos aceptan esto intelectualmente, pero viven como si Dios estuviera en algún lugar del cielo por allá arriba. Trabajan en forma febril, tratando de dar lo mejor de sí a Dios, sin caer en la cuenta de que Cristo vive en ellos. Nunca llegan a vivir la realidad de que el Dios eterno decidió vivir en cada creyente y obrar a través de cada uno. El solo pensamiento nos hace temblar. ¡Cómo cambian las cosas con ese tesoro divino e incomparable!

Pero con qué facilidad olvidamos que a pesar de que es glorioso ser cristiano y que tenemos este gran tesoro del Cristo viviente en nosotros, no estamos eximidos de los problemas de la vida. Sin ambigüedades Pablo declara que ese tesoro no elimina todas las dificultades (II Corintios 4.8-9), y

afirma que somos afligidos, perturbados y derribados— de la misma manera que los incrédulos. No obstante nuestra respuesta ante los problemas diarios es muy distinta ya que Cristo está en nosotros.

Aunque los cristianos tenemos en nuestro ser el tesoro del Cristo viviente que nos permite proseguir sin derrotas, muchos damos la impresión de estar vencidos. Es difícil ver la vida y obra de Cristo es nuestras vidas.

Si el poder de Cristo está en cada creyente, ¿por qué no siempre es evidente?

¿Por qué a veces nos sentimos derrotados, deprimidos, frustrados y con las manos vacías?

Pablo explica la razón de esta derrota, declarando: "(Estamos) llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos"(II Corintios 4.10).

Este versículo señala que la muerte de Jesús debe hacer su obra en nosotros antes de que podamos ver los resultados de la vida de Cristo. Ahora bien, ¿cómo es posible que la muerte de Jesús haga su obra en nosotros? ¿Qué significado práctico tiene esto en nuestras vidas diarias?

Me llevó un largo tiempo comprender este pasaje. Yo había decidido seguir la exhortación que se hace a todo creyente de presentar el cuerpo "en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (Romanos 12.1). Esa decisión fue crucial para mí. Le había dicho al Señor: "No quiero ser un cristiano

carnal ni mundano. Señor Jesús, aquí está mi cuerpo, mi alma y mi espíritu. Los presento a ti."

Pero como también sucede con muchos otros cristianos, supuse que mi compromiso con Cristo era una decisión que se hacía una vez en la vida.

Dos versículos más con relación a este pasaje también fueron un desafío durante largo tiempo.

Juan 12.24, que hace referencia al grano de trigo que debe caer a tierra y morir antes de dar fruto; y Mateo 16.24, donde dice que cualquiera que no toma su cruz y lo sigue, no puede ser su discípulo.

Aunque yo escuchaba muchos sermones sobre el particular, no podía entender el asunto del grano de trigo. No sabía cómo hacer un hoyo en la tierra, caer en él y morir para el Señor a fin de dar fruto. Y no comprendía qué había querido decir Jesús con eso de "llevar la cruz".

Luego de estudiar más el tema, he llegado a la conclusión de que estos tres pasajes, en esencia, significan lo mismo. O sea, que cada vez que mi voluntad se cruza con la voluntad de Dios, y elijo su voluntad en vez de la mía, la muerte de Jesús está haciendo su obra en mí. Cuando decido seguir la voluntad de Dios y no la mía propia, el grano de trigo cae a tierra y muere para poder dar fruto. Cuando hago la voluntad de Dios en vez de mi voluntad, estoy tomando la cruz de Jesús.

Estos pasajes no se refieren a la decisión inicial de seguir a Cristo que hace un individuo; sí, en cambio, a las decisiones futuras de cada cristiano, las decisiones de caminar cada día con el Cristo viviente. La primera decisión es



Luis Palau declaró que el Festival de la Familia en Singapur (Junio 1-7, 1986), la primera cruzada en Asia, fue "uno de los más exitosos" en los 20 años de vida del Equipo Palau.

sólo el fundamento para las decisiones diarias de seguir al Señor a través de la vida.

Cada vez que nuestra voluntad se confronta con la voluntad de Dios, somos libres para elegir. U optamos por la voluntad de Dios, o elegimos hacer la nuestra. El compromiso con Cristo, entonces, no es algo que se realice una vez para nunca más acordarse. El compromiso con Cristo no elimina el conflicto de nuestras almas de una vez y para siempre. Debemos seguir escogiendo la voluntad de Dios en lugar de la nuestra. Y cuando lo hacemos, el Señor Jesús —que vive en nosotros por el Espíritu Santo— hará su obra en nuestras

vidas en forma dinámica.

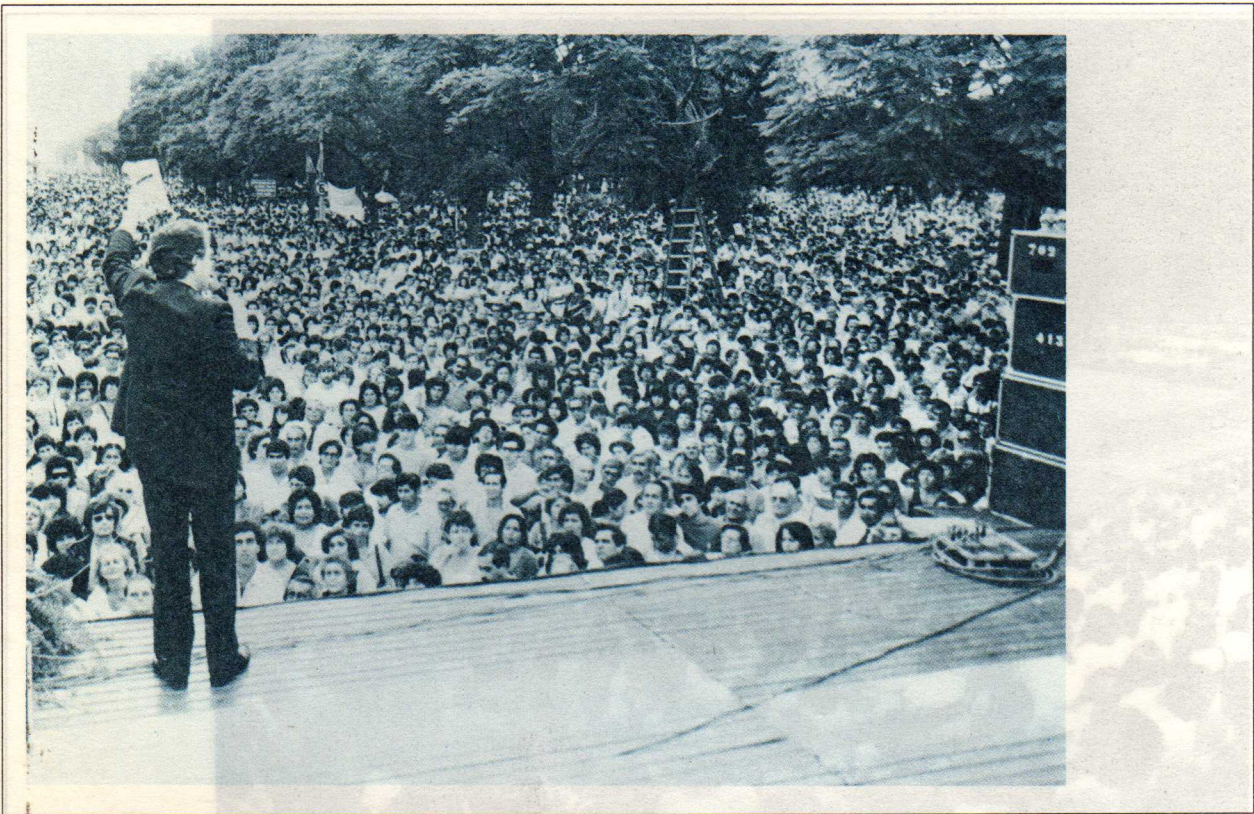
En el huerto de Getsemaní, Jesús nos dio el ejemplo perfecto de alguien que elige la voluntad divina y deja de lado la humana. El sabía cuál era la voluntad de Dios para su vida, y quería seguirla. Sin embargo, como hombre, Jesús no deseaba ser crucificado. No era un masoquista que esperaba con ansias los golpes, las burlas, y los clavos en la manos. Jesús oró y pidió no tener que beber tan amarga copa. Pero él conocía la voluntad del Padre, y optó por la voluntad de Dios en vez de la suya propia. No fue resignación sino una decisión clara y significativa. La elección de

Jesús es un ejemplo y un modelo. Cada vez que escogemos la voluntad de Dios y no la nuestra, la muerte de Jesús está haciendo su obra en nosotros. Morimos a nuestro ego, a nuestro orgullo, a nuestra pasión y a nuestros propios deseos. Cada vez que elegimos la voluntad de Dios, nuestra mirada está en Cristo y no en nosotros mismos, y la vida de Jesús comienza a fluir a través de nosotros. Y porque Dios hace su voluntad en nuestras vidas, puede utilizarnos para impartir vida y bendición a otros.

Renovación diaria extinguida

En mi caso, a menudo tengo que escoger la voluntad de Dios

Renovación diaria



El Festival de la Familia con Luis Palau en la República Argentina (Abril 1-20, 1986),

y dejar de lado la mía. Una de las decisiones más difíciles que tengo que tomar repetidamente, es dejar a mi esposa e hijos para predicar el Evangelio en una cruzada o conferencia. Es una gran lucha. Muchas veces preferiría quedarme en casa, pero sé que debo tomar la decisión correcta. Y cuando elijo hacer la voluntad de Dios y no la de Luis Palau, sé que la muerte de Jesús está obrando en mí y la vida de Jesús fluye a través de la mía. Y sé que Dios me usará para su gloria porque su voluntad se está cumpliendo en mi vida...

A veces creemos que ciertos casos, en los que debemos decidir entre la voluntad divina y la nuestra, son cuestiones insignificantes, de muy poca importancia. Nos decimos: "Esto es una minucia. No importará si esta vez escojo hacer mi voluntad en vez de la de Dios." Pero las cosas no son así. Cada vez que elegimos seguir nuestra propia voluntad, estamos negando la muerte de Jesús, rehusándonos a llevar la cruz. Nos estamos negando a morir como un grano de trigo para

poder llevar fruto. Perdemos la bendición de la vida de Jesús que fluye en nuestro ser y hacemos que otros también se pierdan el gozo de esa bendición.

Hace varios años se me presentó la oportunidad de compartir el Evangelio con el presidente de un país latino. Nuestro equipo estaba en la ciudad capital para una cruzada evangelística y tuvimos un desayuno para gente clave de la ciudad, incluyendo al Presidente. El no asistió, pero envió a una abogada en su representación. La dama me dijo: —El Presidente desea tener el gusto de conocerlo antes de que usted se marche del país, señor Palau. El domingo, inmediatamente después de la misa en la capilla del palacio presidencial, podrá entrevistarse con usted. Si asiste a la misa con el Presidente, él luego podrá dialogar con usted cuarenta y cinco minutos. El chofer presidencial pasará a buscarlo el domingo a las ocho de la mañana.

—Será un placer, —dijo. Que yo supiera, nadie

había testificado antes a este hombre. Era una magnífica oportunidad.

Cuando mi entusiasmo inicial pasó, comencé a preocuparme. Me dije que algunos cristianos no católicos podrían enterarse de mi presencia en la misa, y se disgustarían. Mi conclusión fue: "No puedo ir."

Hablé con algunos pastores de la ciudad, quienes confirmaron mi temor. Me aconsejaron que lo mejor era abstenerme de ir. También consulté con un abogado cristiano que trabajaba para el gobierno, quien me dijo que sí debía ir a la misa para testificar a Jesucristo al Presidente de la nación. Yo sabía lo que el Señor quería de mí pero fui cobarde. Cuando el chofer llegó a buscarme, me excusé y alegué que me resultaría imposible asistir.

¡Qué mal me sentí después! Perdí el gozo. Recuerdo que esa tarde oré al Señor y le dije: Señor, perdóname. Nunca más rechazaré una oportunidad para testificar a alguien por temor a lo que otros puedan pensar.

El Señor me perdonó, pero en una forma muy vívida aprendí que la vida de Jesús no puede ir hacia otros a través de mí si hago mi voluntad y no la voluntad de Dios.

Quienes hace tiempo son cristianos, a veces enfrentan un peligro en este aspecto. De pronto, quizás dejen de elegir la voluntad de Dios en sus vidas. Como hizo David cuando cometió inmoralidad con Betsabé, tal vez digan: —He estado sirviendo fielmente al Señor durante más de veinte años. Es tiempo de que me tome las cosas con calma. No veo nada malo en vivir "a mi manera".

Pero nuestra decisión de vivir para Cristo no es una decisión que se tome por un período de tiempo determinado. Continuamente debemos decidir que haremos la voluntad de Dios en vez de la nuestra.

Cada vez que, a sabiendas, nos negamos a hacer la voluntad de Dios, experimentamos derrota, desaliento y depresión. Si conscientemente escogemos no hacer la voluntad divina, no podemos ser llenos del Espíritu Santo y perderemos oportunidades y bendiciones que Dios quiere concedernos. Pero si confesamos nuestros pecados —si confesamos a Dios las veces que hemos hecho nuestra voluntad en lugar de la suya— él nos ha de limpiar,

purificar y usar para su gloria.

La vida de Cristo en nuestra vida, no es algo que podamos obtener por nosotros mismos. La vida de Jesús fluirá naturalmente a través de nosotros cuando caminemos con él. Cada vez que escogemos su voluntad, podemos estar seguros de que él nos usará.

Este artículo es un extracto del libro A cara descubierta. Copyright © 1986 por Luis Palau. Usado con permiso.

Portada: *Gustavo Castillo*
Cataratas de Pulupansac, Honduras

CONQUISTA®

CRISTIANA CAPACITANDO
PARA LA ACCIÓN!

Vol. 1, No. 7 julio/agosto 1988

Director: Hugo M. Zelaya
Editor: Noé Martínez
Administrador: Guyon H. Massey

CONQUISTA CRISTIANA
es publicada bimestralmente por el
Centro Para Desarrollo Cristiano,
Teléfono: 36-50-80
Apartado 5551,
1000 San José, Costa Rica.

Nuestros lectores en U.S.A. pueden escribir a:

CONQUISTA CRISTIANA
P.O. Box Z
Mobile, Alabama 36616

© Copyright 1988
Derechos Reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial
sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en CONQUISTACRISTIANA representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores. El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja. Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente. A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden a la revisión de 1960 de la Versión Reina Valera. Impresa en Costa Rica por Litografía Costa Rica, S.A.

Mucho más que una revista... ¡una gran herramienta para su ministerio!

Suscríbese hoy mismo
envíe \$10
(Contribución para 1 año)

Escriba a la dirección más cercana:

Orville E. Swindol
Casilla de Correo 2988
Buenos Aires (1000), Argentina

Cristian Romo
Casilla 657—Fono 23853
Maipú 340—Concepción, Chile

Santos Leopoldo Luna
Apartado 20
Tegucigalpa, Honduras

Andrés A. Montoya M.
Apartado Aéreo 8200
Bogotá, Colombia

Manuel García Lafuente
c/ Luis de Hoyos Sainz
86—6ª A, Madrid 30, España

Roberto Haralson
Apartado 259
Uruapan, Michoacán
60.000 México

CONQUISTA®

CRISTIANA CAPACITANDO
PARA LA ACCION!

CENTRO PARA DESARROLLO CRISTIANO
Teléfono 36-50-80
Apartado 5551
1000 San José, Costa Rica

José A. Wojnarowicz
Santa Lucía 4224
Montevideo, Uruguay

Hugo M. Zelaya
Director de
Conquista Cristiana
P.O. Box Z
Mobile, Alabama 36616,
U.S.A.



Porte pagado
Permiso No.7